



Vida, estamos en paz





DIEGO FISCHER

Vida, estamos en paz

Las historias que China Zorrilla nunca contó



Fischer, Diego
Vida, estamos en paz : las historias que China Zorrilla nunca contó. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2014.
272 p. ; 16x23 cm.

ISBN 978-950-02-0827-7

1. China Zorrilla. Biografía. I. Título
CDD 927

Vida, estamos en paz. Las historias que China Zorrilla nunca contó
© Diego Fischer, 2014
Prólogo: Pablo Sirvén
Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: octubre de 2014

ISBN 978-950-02-0827-7

IImpreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en octubre de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Índice

A la memoria de mis abuelos
Abraham Requena y María Angélica Brignole,
Tata y Aba.
Porque abonaron con su presencia y cariño
la felicidad de mi infancia



Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
Mas no me prometiste tan solo noches buenas,
Y en cambio tuve algunas santamente serenas…

Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

Amado Nervo



Prólogo

El país de China

Para China Zorrilla, Uruguay y la Argentina siempre fueron juntos, indivisibles, el país de sus afectos, un todo amado. El soporte común y extraordinario de su vida. Su aire y su paisaje más queridos. Con los mismos olores y querencias.

Un lenguaje y un río en común; cielos y nubes compartidos. Una manera de hablar y decir casi idénticas.

Y ella brillando en el medio siempre, como la embajadora más notable de todo eso, la amalgama que nos une y nos vuelve tantas veces algo indivisible.

China, la gran Zorrilla, desplegando esa gracia y sabiduría infinitas.

La tonada rioplatense inconfundible, desparramando emociones, anécdotas y consejos. Un torbellino imparable. Un faro que iluminó siempre nuestras vidas.

Montevideo y Buenos Aires fueron, y siguen siendo, dos dormitorios de la misma casa por la que ha transitado durante tantas décadas. Su madre era argentina y venir a visitar a parte de su familia no lo sentía como un viaje. Viajar era ir a París o a Nueva York. Parte de su esencia también se reconocía en Buenos Aires. Fue un reconocimiento mutuo.

Podrán decir los uruguayos, con razón, que China es de ellos, porque abrió los ojos por primera vez en la otra orilla del Plata. Podremos retrucar los argentinos que es nuestra porque aquí vivió, triunfó y se convirtió en

un personaje delicioso que no solo nos regaló talento desde un escenario teatral o desde un set de cine o de TV, sino porque además transitó nuestras calles, reuniones sociales y restoranes irradiando su simpatía con la autoridad de ser local.

Es una discusión inútil. El país del corazón de China funde a las dos naciones en un abrazo permanente. No por casualidad cuando se afincó en la capital argentina, su departamento quedaba en la calle Uruguay.

La descubrí en 1973, en mi adolescencia, en lo que fue su primer trabajo televisivo popular, cuando estuvo a punto de decirle que no a Alberto Migré, que la buscaba para hacer de la madre de Soledad Silveyra en la telenovela *Pobre diabla*. Por suerte, al final aceptó: su Aída fue memorable. Le sacó una punta increíble a ese personaje delirante y desbordado que hablaba hasta por los codos y que decía una ocurrencia tras otra. Y a partir de allí no paró más. Desde entonces, su presencia nunca pasó inadvertida.

Sus giros al hablar pueden remitir a una señora paqueta de la alta sociedad, pero lo suficientemente canchera como para desarmar prejuicios de cualquier tipo. Es que, en efecto, el abolengo de China es de lo más refinado, pero creció en entornos estimulantes de enormes talentos que no por tenerlos se la creyeron y esa manera de ser sencilla y directa fue algo que supo transmitir con naturalidad durante toda su vida.

No se conformó con ser una excelente intérprete sobre el escenario. Amaba el espectáculo y era capaz de ir a ver una obra infinidad de veces. No solo eso, solía convertirse en su mejor agente de prensa si estaba convencida de que un espectáculo debía ser visto por la mayor cantidad de gente posible.

En cierta época se transformó en la principal difusora de las representaciones del Grupo Catalinas al Sur en su teatro de La Boca. Era capaz de comunicarse telefónicamente con las principales publicaciones periodísticas para incitar a sus miembros calurosamente a que concurriesen a ver

a aquel elenco. A mí me pasó. Y no solo una vez. Primero llamaba y recomendaba. Antes de cortar se aseguraba de que le prometieran que irían. Después llamaba otra vez para comprobar si habíamos ido y qué nos había parecido. Imagínense cómo no ir a ver lo que la Zorrilla recomendaba tan efusivamente a amigos y desconocidos.

Sabía acortar distancias como ninguna. Nosotros no nos habíamos frecuentado y yo admiraba su producción a la distancia. Alguna vez la había entrevistado en su departamento de la calle Uruguay, pero no mucho más que eso. Ella igual llamaba y recomendaba. No se limitaba a decirlo en un programa de radio o de TV. La emprendía persona a persona y a partir de ese momento te sumaba a sus conocidos y te saludaba cuando volvías a cruzarte con ella en cualquier lugar.

En los últimos años nos acercamos más y charlamos cara a cara un par de veces. Recuerdo que en cierta época tuvo una asordinada pelea con unos productores teatrales y ella me lo contó a borbotones, bien a lo China. Me hacía gracia reconocer en ciertos gestos y entonaciones a algunos de sus queridos y entrañables personajes.

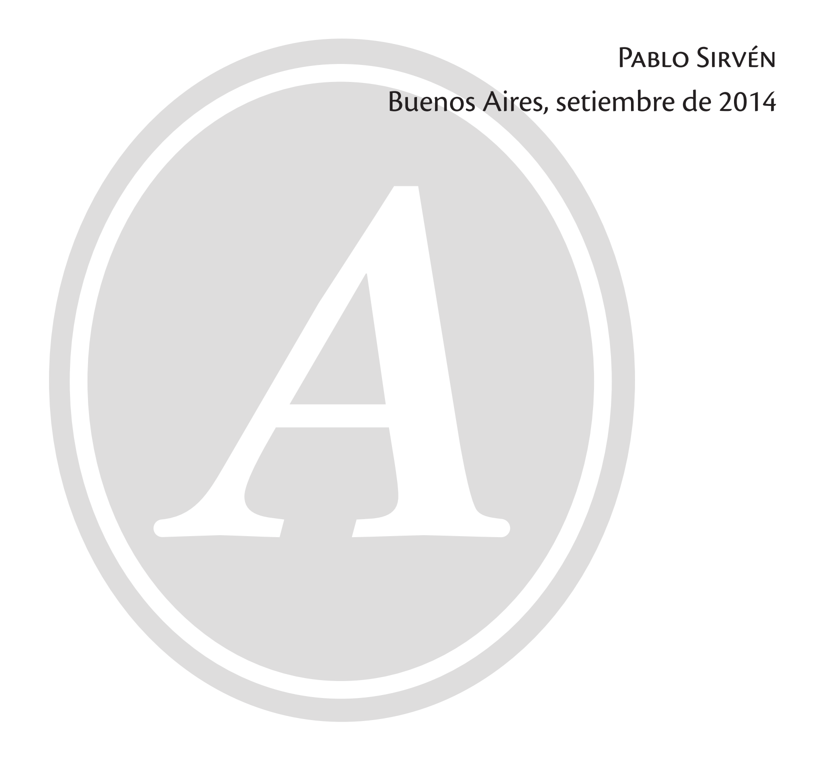
Ese torrente de palabras que pronunciaba sin respiro casi la deja exhausta cierta tarde que caminábamos del brazo por la Uruguay porteña que conducía a su casa de este lado del río. Nada dramático, siempre cerca de la comedia, riéndonos de la escena. Así era China: una agradecida de la vida, una cultora incondicional de la amistad.

Este libro de Diego Fischer rescata la esencia de esta mujer incomparable en sus latidos diarios, en sus anécdotas más divertidas, en sus maneras tan particulares de encarar las cosas. Pinta su época y su aldea, que fueron y son Montevideo y Buenos Aires juntas, hermanadas. Fischer tuvo la gran idea de armar este simpático fresco que muestra a esta suerte de hada madrina del teatro y que no solo se ha destacado como actriz, sino también como directora, adaptadora de obras y canciones, y también como opinadora perspicaz de la realidad.

Siempre ha sido un placer verla sobre un escenario o descubrirla tantas veces entremezclada con el público en la platea como una espectadora más, con esa mirada buena y esa sonrisa cálida de tía de todos.

Estas páginas la rescatan así, tan fresca y tan China.

Pablo Sirvén
Buenos Aires, setiembre de 2014



Introducción

Una foto que nunca llegó y un libro que está aquí

–La próxima sos vos –le dije a China una tarde de diciembre de 2008 en que la visité en su casa de la calle 21 de Setiembre y le llevé de regalo un ejemplar de *Al encuentro de las Tres Marías,* la biografía de Juana de Ibarbourou que había publicado meses antes.

–¿Te parece que le puede interesar a alguien un libro sobre mí?

–China, por lo menos a mí sí. ¿No te acordás de que te hice este mismo planteo hace diez años, un mediodía en que salías de una entrevista en el programa *Caleidoscopio* de Canal 10?

Me miró con cara de *yo no fui* y me dijo:

–¿Qué te contesté entonces?

–"Después hablamos; ahora estoy concentrada con la letra de la canción que le tengo que escribir a Susana Giménez, que empieza su programa el mes próximo". Y me preguntaste: "¿Con que riman *vuelta, cincuenta* y *filosofía*?". Con "me he dado cuenta de que cuando cumpla los ochenta te dejaré escribir mi biografía" –le respondí.

Pasó el tiempo y transcurrió la vida para todos. En junio de 2011 visité a China en su apartamento de la calle Uruguay, en Buenos Aires. Conociendo su debilidad (y la mía) por los chocolates, me presenté con una caja de bombones suizos. Esa tarde estaban su hermana Inés y su sobrina Lalia Amorim. A la segunda taza de café, los chocolates se habían terminado.

–China, quiero de una buena vez escribir tu biografía.

Ella, que repasaba un álbum de fotos que le había llevado Inés desde Montevideo, me miró de reojo y dijo:

–¿A vos te parece que a alguien le puede interesar un libro sobre mí?

–Me parece que esta conversación ya la tuvimos más de una vez.

–¿Cuándo? –Y su rostro parecía el de Emily Dickinson cuando confesaba que escribía poemas a escondidas de su padre.

–Dos veces en los últimos años –y agregué–: quiero que me prestes esa foto que tenés colgada ahí, en la que estás en París con tu madre.

–La que está dentro del cochecito soy yo –dijo Inés.

China abrió los ojos, se sonrió emocionada, como quien recuerda un momento y un lugar muy feliz de su vida. Con su potente voz dijo:

–Si publicás esa clase de fotos, ponete ya mismo a escribir el libro.

Así se concretó mi proyecto de escribir la biografía de Concepción Matilde Zorrilla de San Martín Muñoz. Un desafío que, por una razón u otra, durante más de una década se fue postergando (en el papel, pero no en mi mente).

A lo largo de esos años hice acopio de materiales, y en mis frecuentes visitas al Archivo General de la Nación y a la Biblioteca Nacional, por otras investigaciones periodísticas, siempre surgía un documento o una referencia en una carta que me llevaba a la familia Zorrilla de San Martín, ya fuera a don Juan, el abuelo de China, o a José Luis, su padre.

Dicen que las cosas llegan en el momento en que deben llegar. Lo cierto es que al salir aquella helada tarde hecha noche de la casa porteña de China y caminando por la calle Arenales rumbo al hotel, fui pensando en cómo y por dónde comenzaría a contar la vida de esa mujer que supo desde siempre que sería actriz y que es una de las pocas grandes estrellas uruguayas, si no la única.

Las cosas no se dan por generación espontánea. Por eso, para entender a China hay que conocer quién fue el Poeta de la Patria, quién fue el mayor

escultor que ha dado el Uruguay hasta hoy y quién era Guma Muñoz del Campo.

El otro desafío fue cómo contar la vida de una mujer que es una cuentista reconocida, que ha relatado en cientos de entrevistas su historia, llena de acontecimientos y episodios fuera de lo común.

Vida, estamos en paz. Las historias que China nunca contó se titula este libro, y tiene el ambicioso propósito de mostrar a la persona que hay detrás de ese personaje, que con su talento y elegancia logró ser reconocida por sus actuaciones en teatro, cine y televisión. Y también por sus crónicas periodísticas y por sus lúcidas opiniones sobre la actualidad.

Una mujer que siendo adolescente decidió ser actriz, en tiempos en que esa profesión era censurada y despreciada en su círculo social. Su personalidad y el apoyo incondicional de sus padres pudieron mucho más que los dimes y diretes de una sociedad pacata y prejuiciosa.

Es también una historia de amor. De un amor correspondido, pero tan intenso como imposible. Es la historia de amor de China.

Cartas, documentos, largas conversaciones con amigos, familiares y ex compañeros de trabajo hicieron posible este libro. En las páginas que siguen los lectores quizá puedan encontrarse con la mujer que durante más de seis décadas hizo reír, emocionar y pensar a mucha, muchísima gente. Con esa mujer que una tarde de junio me prometió una foto que la muestra cuando era una niña de cuatro años, paseando por París de la mano de su madre y con sus hermanas. La foto nunca llegó, pero el libro está aquí. Esa persona creó un personaje, a su imagen y semejanza, llamado China Zorrilla. Al que todos quisiéramos seguir aplaudiendo.



"¿Hice mal?"

China se hizo la señal de la cruz y mirando al cielo dijo casi en un murmullo: "*Avito* Juan, no me dejes sola".

La puerta se abrió, la asistente de la cátedra se asomó y dijo: "Es su turno, señorita. Pase, por favor".

China dio temblando los cinco pasos que la separaban del salón. Pero al traspasar el umbral de la puerta se transformó en una mujer segura y decidida, cuya estilizada figura parecía haber crecido por arte de magia. Vestida con un *tailleur* gris cuya pollera le tapaba las rodillas y una blusa blanca, llenó el amplio espacio. Saludó con un sonriente *buenos días* y su voz reverberó en el gran salón de extraordinaria acústica. Frente a ella, tres caballeros sentados respondieron con amabilidad el saludo.

Giró sobre sí misma y por unos segundos dio la espalda a los docentes. Cuando los enfrentó nuevamente era Agnés, la protagonista de *La escuela de mujeres* de Molière, una comedia en verso que denuncia la hipocresía de la sociedad francesa del siglo XVII y que muestra cómo las mujeres carecían de derechos por ser consideradas seres inferiores. En un perfecto francés comenzó su parlamento.

> Historia sorprendente y difícil de creer. Estaba yo en el balcón, trabajando al fresco, cuando vi pasar bajo los árboles a un joven muy apuesto que, al verme, me saludó enseguida con reverencia

humilde. Yo, para no ser descortés, le hice otra reverencia por mi parte. De pronto insistió con una nueva, y yo, sin pensarlo demasiado, se la devolví. El caballero insistió con una tercera, a la que contesté en el mismo instante. Así una y otra vez hasta que entró la noche y ya casi no nos veíamos uno al otro y por tanto tampoco podíamos hacer saludo alguno.

La soltura, la expresividad del rostro de aquella joven eran sorprendentes. Movía las manos como solo lo logran los actores con larga experiencia y remataba algunas frases con un comentario de su propia cosecha. Dos de los catedráticos que entendían y hablaban muy bien francés no pudieron contener la risa. El tercero, aunque no comprendía el idioma, también largó la carcajada.

A la mañana siguiente, estando yo en la puerta, una vieja me abordó, hablándome de esta manera:

–Hija mía, Dios no os ha creado tan bella para que hagáis mal uso de las cosas que os ha concedido, y debéis saber que habéis herido un corazón terriblemente.

–¿Que yo he herido a alguien? –exclamé sorprendida.

–Sí –dijo ella–, herido de verdad al joven a quien visteis ayer desde el balcón. El pobre languidece bajo el efecto de vuestros ojos y solo desea la dicha de veros y hablaros. Únicamente vuestros ojos pueden impedir su ruina y reparar el daño que le han causado.

Así, me visitó y pudo curarse.

En el último tramo de su monólogo, China redobló la apuesta e hizo gala de todo su histrionismo, sin caer en la sobreactuación.

¿Podría yo acaso, después de todo, cometer la osadía de dejarlo morir sin asistencia? ¡Yo, que tanto compadezco a las personas y que no puedo ver morir a un pollo sin llorar!

Y apostó todas sus fichas a la última frase del texto. Hizo una brevísima pausa y con la mejor cara de picardía que jamás había puesto hasta ese momento, miró a sus tres espectadores y dijo:

¿Hice mal?

Con un aplauso de los miembros del tribunal, Concepción Zorrilla de San Martín, familiarmente conocida como *China,* era admitida en el nivel superior de la Real Academia de Arte Dramático de Londres (RADA) para el año lectivo de 1946.

Había llegado hasta allí becada por el British Council, con el objetivo de estudiar teatro. Su mayor ambición era ingresar a la RADA, una de las academias más prestigiosas de Europa, de la que habían egresado, entre muchos actores, John Gielgud y Vivian Leigh, y de la que habían sido docentes George Bernard Shaw y Harold Pinter. La flor y nata del teatro y del cine mundial había pasado y seguiría pasando por los salones de aquel edificio.

–¿Cómo hará usted con el idioma? –le preguntó el mayor de los integrantes del tribunal.

–Le prometo que en dos meses lo aprenderé.

–Le va a ser imprescindible –comentó el otro miembro del jurado–. ¿Dónde aprendió a hablar tan bien el francés?

–Los cuatro primeros años de mi vida transcurrieron en París. Allí fui al jardín de infantes. Luego cursé todos mis estudios en un colegio de monjas francesas en Montevideo.

–Allí también estudió teatro…

–No, nunca lo hice. Pero actué en varias obras en las fiestas de fin de curso.

Los tres caballeros ingleses se miraron sorprendidos.

–¿Y no hizo más teatro luego? –preguntó el mayor del grupo.

–Sí, estrené *La Anunciación a María* de Paul Claudel en un teatro importante de Montevideo, pero fue una única función.

–Haga el esfuerzo de aprender inglés rápidamente, porque usted tiene condiciones y sería una lástima que perdiera clases por no entender o no hablar inglés.

–Lo haré, sin duda que lo haré.

Cuando China pisó por primera vez Londres, muchos sentimientos encontrados se apoderaron de ella. Tenía veinticuatro años y comenzaba a concretar el sueño que había soñado desde niña: ser actriz. No imaginaba entonces hasta dónde la llevarían su talento y el amor por una vocación que descubrió apenas tuvo uso de razón.

Sin embargo, la vigilia de ese sueño no era una comedia sino un drama que tenía como escenario una ciudad devastada, en la que muchos aún dormían inquietos o despertaban sobresaltados por pesadillas en medio de la noche. La Segunda Guerra Mundial había terminado un año y cuatro meses antes, pero el ulular de las sirenas que alertaban a los habitantes de la metrópolis para que abandonaran sus casas y buscaran protección en las estaciones del metro y sus enormes túneles era un eco siniestro que había quedado grabado en la memoria de los londinenses. El ulular de las sirenas y sus posteriores consecuencias… Todos sabían que minutos después los aviones de la Luftwaffe –la aviación nazi– convertirían a Londres en un infierno.

Noche tras noche, sin un respiro, entre setiembre de 1940 y mayo de 1941, miles de bombas destrozaron gran parte de la majestuosa ciudad

y causaron más de cuarenta mil muertos. Y si bien habían transcurrido algunos años desde aquellos hechos, muy pocos habían podido olvidar las tormentas de fuego que borraron durante tanto tiempo las estrellas del cielo de Londres.

La mañana siguiente a su llegada, China salió a caminar y comprobó que la ciudad y sus habitantes mostraban las heridas abiertas de esa guerra ganada, como lo había prometido en 1940 el entonces primer ministro británico, Winston Churchill, ante la Cámara de los Comunes: con sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor. Heridas que estaban a la vista y todavía dolían mucho, pero que sus víctimas llevaban con dignidad y hasta orgullo. Edificios vacíos, cuyas paredes agrietadas por el impacto de las bombas anunciaban su derrumbe o necesaria demolición, manzanas enteras que habían desaparecido, construcciones que se mantenían en pie mostrando impúdicamente lo que otrora había sido un dormitorio o la sala de un hogar, barrios de casas con cimientos de madera que habían sido consumidos por los incendios que las incursiones aéreas nazis producían, todo formaba parte de la postal que contemplaron sus ojos cargados de lágrimas contenidas.

Más de una vez en aquella primera recorrida China agradeció a Dios el haber nacido en Uruguay, donde la guerra se había seguido con mucha atención a través de las crónicas de los diarios o los reportes de las radios, pero cuya máxima expresión en la vida cotidiana había sido la escasez de combustible o la falta de productos suntuarios. Es más, la economía uruguaya se había beneficiado mucho de la situación gracias a la exportación de carne, lana, cuero y el famoso *corned beef* para los ejércitos de los países aliados.

En su larga caminata, que la llevó desde Kensington Park hasta Picadilly Circus, se cruzó con hombres con muletas, mutilados, sobrevivientes de las batallas libradas en el continente europeo. Y muchísima gente delgada que caminaba por las calles con abrigos remendados y zapatos gastados por

el uso. No se trataba de mendigos; eran ciudadanos comunes, hombres y mujeres que iban o venían de sus trabajos, llevaban a sus hijos a la escuela o de vuelta a casa. Aquella sociedad se esforzaba por volver a la normalidad en medio de mil privaciones. Con una entereza y decoro sorprendentes, se empeñaba en reconstruir un país que durante siglos había sido el más poderoso imperio de la tierra.

China sintió vergüenza por vestir un flamante tapado azul oscuro muy abrigado que Bimba, su madre, le había hecho con una tela de muy buena calidad comprada en la última liquidación de temporada de la Tienda Inglesa de la Ciudad Vieja en Montevideo. A decir verdad, con su reconocida habilidad para la costura, Bimba le había confeccionado un ajuar casi tan completo como el de una novia, que además había doblado y guardado ella misma en las dos valijas que llevaría su hija. Sintió culpa por tener ese abrigo, botines de cuero nuevos y abrigados, más una decena de prendas sin estrenar en sus maletas. Sin embargo, nadie reparó en la vestimenta de esa joven rubia que protegía su cabeza del frío con un bombín de fieltro y que bien podría haber pasado por una ciudadana británica más, si no fuera porque apenas hablaba inglés. O por una modelo parisina de alta costura, por su perfecto francés y su elegancia. Sin embargo, en Regent Street más de un caballero quedó deslumbrado a su paso.

Las pocas frases que China sabía de inglés las había aprendido en el largo viaje de casi cincuenta días que hizo en uno de los dos camarotes individuales del barco de carga que la trasladó de Montevideo a Liverpool, en el cual, además de ella, viajaban solo hombres. Para aquella joven no había obstáculos insalvables a la hora de cumplir sus sueños, y a falta de dinero para comprar un boleto en un transatlántico de línea, decidió embarcarse en el primer buque que se dirigía a Inglaterra.

A los dos días de haber llegado, le entregaron una libreta de racionamiento para comprar los alimentos del mes. Vio que, como cualquier habitante de Gran Bretaña, ella tenía derecho a comer un trozo de carne

por semana, un puñado de lentejas, dos panes, una pequeña presa de pollo y cuatro cuadraditos de chocolate. No había prerrogativas ni excepciones, por más que fuera una extranjera becada por el British Council.

Ese invierno de 1947 fue uno de los más fríos que se recuerdan en Londres. Al clima polar que cubrió la ciudad y casi toda Inglaterra no bien se anunció el otoño, en setiembre, se sumaron las durísimas condiciones de vida que toda Europa padecía. Sin calefacción, soportando temperaturas de hasta catorce grados bajo cero, transcurrían los días. De noche China combatía el frío poniéndose de pijama un traje para esquiar que sus amigas en Montevideo le habían regalado por si iba a los Alpes suizos. Pasó frío y hambre, pero nunca había sido tan feliz. Durante los dos años que vivió en Londres, Concepción Matilde Zorrilla de San Martín Muñoz recibió lecciones de vida. Enseñanzas que la marcaron para siempre, moldearon su carácter y personalidad, y cambiaron su forma de ver y entender el mundo.